

## **Ensayo sobre la relación entre el individuo y el espacio a través de los mecanismos de circulación**

**Facundo Sebastián Jorge**

Universidad Nacional del Sur

*Hormigueante ciudad, ciudad plena de sueños,  
¿dónde el espectro en pleno día al pasajero asalta!  
Por doquier misterios, cual salvia, circulan,  
dentro de las venas estrechas del coloso potente.  
Baudelaire*

El geógrafo francés Pierre George se ocupa en su libro «La era de las técnicas: ¿construcciones o destrucciones?» de trabajar la cuestión de la transformación del espacio y los marcos de existencia, o modos de vida, de los individuos con la introducción de nuevas técnicas. Allí tuvimos un hallazgo para un tema de Antropología Filosófica en el que pretendemos, ahora, penetrar: la circulación como elemento clave para la constitución del sujeto urbano. Ya el término “circulación” deja entrever el tipo de movimiento que implica: uno tal que siempre se vuelve al punto de partida o al punto cero. El punto cero funciona como eje y toda dirección que se tome conducirá a este mismo. Podríamos decir en términos coloquiales que todo movimiento sería el de «ir a dar una vuelta». Nuestro propósito es, en este ensayo, abordar la relación entre el individuo y el espacio que habita (y por ende, lo constituye) a través del concepto de circulación, tomado de la geografía pero pensado en términos filosóficos.

George nos dice que la circulación y la construcción son elementos dominantes de la perspectiva urbana. Y renglones más abajo nombra a la utilización cada vez más intensa de medios mecanizados de circulación (Cf. George, 1975: 97). En este punto nos detendremos –al igual que nos sucedió al leerlo. Si la circulación es elemento dominante para la constitución de una perspectiva del hombre ciudadano, y ésta es cada vez más dominada a su vez por la técnica, o sea, por la mecanización de los medios de circulación, no es difícil presumir que la perspectiva humana se ve afectada por esto mismo, es decir, se mecaniza. La mecanización de los medios de circulación tiene un efecto de control por dónde se circula, de qué manera, a qué velocidad, hasta qué

punto, siempre dependiendo del medio de circulación –medio tanto como espacio como artefacto de transporte-, pues no todos los lugares son apropiados para todos los móviles, ni tampoco no todos están permitidos. Este modo de operar que consiste en el control de los lugares donde se circula y la manera de hacerlo genera inevitablemente un control de las posibilidades del sujeto. El sujeto ya no podrá –podría, pero de modo ilegal- moverse por donde su voluntad se lo sugiera. Su movimiento estará circunscripto no sólo a la circularidad del mismo sino también a las posibilidades de vías por las cuales se dará ese retorno –pues en la circulación todo viaje de ida es un retorno.

El camino ya está marcado, ahora sólo queda respetarlo. Para ello, también se generan mecanismos de control, no sólo a través de artefactos sino también de humanos que trabajan para ello. Los objetivos son dominar el espacio y a los individuos. Es una relación inseparable y también circular: el único modo de dominar el espacio es a través del dominio de los individuos, de sus posibilidades de ocupamiento momentáneo del mismo, y al revés, dominando el espacio se coaccionará al movimiento de los individuos. Dónde ir, por dónde, de qué modo, cuáles son los atajos permitidos, qué cualidad tiene cada vía –es decir, qué ganamos y qué perdemos yendo por ahí-, todo esto estará reglado. Los lugares por donde se transita son los paisajes que vemos, que nos configuran, por ello, toda visión estará posibilitada por la circulación o no del espacio: al no pasar por todos los lugares habrá cosas que no veremos, que nos perderemos y nuestra subjetividad pierde. O habrá cosas que sólo algunos podrán ver. A eso llamamos dominación o control del espacio-individuo.

Muchas veces uno cree que elige por dónde pasear, a dónde prefiere ir, pero lo cierto es que eso está establecido según estas posibilidades de circulación. El acceso a cada destino, o lugares de paso, estará determinado por los móviles aptos para tales vías. Es un espacio altamente mecanizado, atravesado por la técnica, por la cultura, por los valores, por el capital, por el *status* social: un espacio completamente desnaturalizado.<sup>1</sup> ¿Es posible identificarse con éste así como otro ser vivo lo hace con un ambiente natural? ¿O debemos pensarlo más bien en términos de contenido y continente, es decir, el individuo ya no como inseparable del espacio sino como un objeto dentro de un almacén? A nuestro modo de ver, el espacio pensado de ese modo

---

1. No obstante, la presencia del hombre en todo sitio ya presume el aporte de arteificio, es decir, no intentaremos asumir una perspectiva naturalista del espacio del hombre, simplemente lo que queremos es dar cuenta de la exacerbación de la técnica en el espacio urbano y sus efectos en el individuo.

actúa como un telón de fondo, o como un molde, o como un depósito de individuos que circulan «sobre» él. Esto quiere decir que se pierde el habitar «en medio» del espacio. Se vuelve una lógica de contenido y continente. El hombre deja de ser parte del paisaje y lo contempla como lo Otro –pero con la salvedad de que es lo Otro limitadamente accesible. El hombre considerado de este modo ¿seguirá siendo un objeto de estudio de la geografía? ¿Seguirá siendo un fenómeno de superficie o simplemente un «dentro de la tierra»? ¿Es posible, a partir de esto, mentar algo así como una geografía humana?

Antes de responder volvamos a lo anterior: es imposible que esto no afecte a las relaciones entre el individuo y otros individuos, y con el espacio. Esta separación tajante entre espacio e individuo, denota también la separación entre individuos. Hace de ellos una yuxtaposición en un espacio que les sirve de piso. La imagen urbana más elocuente es la de un embotellamiento: ¡imaginen un automóvil detrás de otro a causa de que esa vía es el lugar permitido para circular! El espacio se vuelve algo codiciado, una mercancía, algo a ocupar, a obtener –al menos momentáneamente-, se vuelve un objeto imposible, pues siempre hay otro que me reemplazará como transeúnte. Hay una apropiación, ficticia, momentánea del espacio que siempre es un mal anfitrión y pide que circules, que pases. ¡Conseguir un lugar privilegiado para estacionar! Esta es una de las metas o aspiraciones de los transeúntes de las grandes ciudades; un bocinazo para que otro se aparte del lugar y deje transitar: este es uno de los gestos, de las relaciones entre los individuos «sobre» el espacio.

Tomemos una figura, un sujeto ciudadano para pensar la relación de éste «en medio» o «entre» el espacio y no «sobre» él: el caminante. El caminante se desplaza en medio de la ciudad y los lugares dejan de ser puntos estáticos y distanciados. Pues en sus pasos reúne aquellas distancias en el mismo gesto del desplazamiento: así mismo es como crea un espacio, como espacia y da un sentido del paisaje. En palabras de Nancy: “es en él donde se cristaliza el arte cuyo genio la ciudad es o tiene. Este arte es el del movimiento concebido, no como un desplazamiento de un punto a otro (...) El transeúnte es precisamente aquel que, al pasar de lugar en lugar, los reúne a todos en una proximidad que desafía sus distanciamientos” (Nancy, 2013: 112). Es el ritmo del caminante el que hace palpitar a la ciudad, es éste a su vez el instrumento, la música y el intérprete. Ese arte del cual se refiere Nancy es “una circulación, es un transporte, un recorrido, una movilidad, una oscilación, una vibración” (Nancy, 2013: 38). Ya no se

habla de un distanciamiento atomizado ni de los lugares, ni de los individuos que constituyen el espacio habitándolo –sin ser un adentro de éstos sino siempre, al igual que el espacio, siendo ellos el espacio mismo, una superficie, un fenómeno, y por ende, un sentido enteramente renovado. El paisaje urbano deviene una escena moviente.

El caminante va entre la muchedumbre no como algo ajeno a sí mismo, sino que él mismo se experimenta necesariamente junto a los individuos y el espacio. El caminante es poeta, filósofo, observador con conciencia de que él mismo es esa multitud, ese espacio. Baudelaire escribe en *Les Foules*: “el poeta disfruta de este incomparable privilegio de ser, voluntariamente, él mismo y los otros a la vez. Cual esas almas errantes que buscan un cuerpo, él penetra, cuando lo desea, dentro del personaje de cada uno. Solo para él, todo está vacante (...) el caminante solitario y pensativo obtiene una singular embriaguez de esta universal comunión. Aquel que con facilidad se ciñe a la muchedumbre experimenta agitados placeres, que serán eternamente privados para el egoísta cerrado como un cofre y el perezoso ensimismado como un molusco. Él adopta como suyas todas las profesiones, todas las alegrías y todas las miserias que las circunstancias le presentan” (Baudelaire, 1917: 33).<sup>2</sup> Esa experiencia embriagadora no es tan subjetiva como para determinar a lo otro como un afuera objetivo, ni tan pasiva como para que la individualidad quede subsumida a una masa indiferenciada y amorfa. Hay, más bien, un diálogo, una «relación» constitutiva en la cual se tornan impensables los términos por separados: existe antes que nada la relación y no los términos. Hay, no una falta de forma sino, una forma en perpetuo devenir. El paseante se subjetiva a sí mismo, pero no como un sí mismo cerrado y desde sí y hacia sí, sino «entre» la circunstancia, el acontecimiento; y a su vez, el acontecimiento tiene lugar a través del caminante: los pasos de éste van abriendo, cada paso va creando, el espacio de la ciudad y de los transeúntes. Ese espacio donado por el caminante es siempre nuevo, pues, él crea un sentido junto a los otros. Evidentemente, no nos referimos al espacio geométrico urbano sino al espacio ontológico ciudadano –siempre anterior, que posibilita todo espacio.

El caminante no sólo otorga un sentido, creando nuevos espacios sino que ve, denuncia, da cuenta, nota las transformaciones de los mismos, de las vías, de los accesos, de las construcciones, de los parajes, de los puentes: “gracias a la agrupación

---

2. Extracto de un poema en prosa titulado *Las muchedumbres*. La traducción es nuestra.

de los edificios en plazas, patios y terrazas cerrados, se han suprimido los cocheros” (Rimbaud, 139); pues su mirada atenta, inocente, se debe al modo por el cual se relaciona con el mundo: no como algo extraño a obtener sino como un «habitar el mundo». El espacio, pues, no es un medio homogéneo, sin cualidad, sino que, por decirlo de algún modo, le devuelve un tipo de información constitutiva de un «sí mismo» que es siempre un «con otros», una distinción, una diferencia, una singularidad y acontecimiento.

Transitar una ciudad, entonces, no sería, a nuestro parecer, un mero estar apoyado sobre una superficie marcada, delimitada, con contornos fijos dentro de los cuales debemos trasladarnos sino que somos los transeúntes mismos quienes constituimos ese espacio que sería imposible de mentar sin nuestra existencia, pero que a medida que la técnica mecaniza más y más los medios de circulación el actor ciudadano olvida su condición y pasa a ser un espectador pasivo o un contenido o mercancía que circula sobre las calles como si éstas fueran una cinta de industria y lo arrojasen a un depósito independientemente de su voluntad. Distinta perspectiva la del observador, el paseante despierto. El caminante se aventura en un bosque muy particular... él crea: hace de la ciudad un «bosque de símbolos».

## **Bibliografía**

Baudelaire, Charles Pierre (1917), *Œuvres Complètes. Petits poèmes en prose (Le spleen de Paris). Le jeune enchanteur*, Paris, Louis Conard Libraire-Éditeur.

George, Pierre (1975), *La era de las técnicas: ¿construcción o destrucción?*, Caracas, Monte Ávila editores.

Nancy, Jean Luc (2013), *La ciudad a lo lejos*, Buenos Aires, Manantial.

Rimbaud, Arthur (1973), *Obra completa. Prosa y poesía. Edición bilingüe*, Barcelona, Libros Río Nuevo.